

EL REY BUENO

Había una vez un rey muy bueno. Pero había tantos niveles entre él y su pueblo que sus súbditos no le conocían. Este pueblo, como todos los pueblos del mundo, era desgraciado.

Además, el rey enviaba ministros, médicos, maestros y hasta sacerdotes a las provincias más alejadas. Pero algunos mensajeros del rey no sabían cómo hacer las cosas y otros se aprovechaban para llenarse los bolsillos. El rey decidió darse una vuelta por su reino. En cada pueblo se le organizaban recepciones, grandes banquetes, fiestas, músicos...

Apelotonado en las grandes avenidas, el pueblo, que siempre se deja llevar por este tipo de espectáculos, gritaba: ¡Viva nuestro rey! y agitaba banderitas. Pero cuando los últimos cohetes de los fuegos artificiales se apagaban, otra vez se encontraban igual de desgraciados que antes.

El rey reunió a su camarilla y les dijo: “Doy a mi primer ministro plenos poderes para gobernar el reino en mi ausencia. Yo, desconocido de todos, viviré en medio del pueblo, trabajando con mis manos. Al atardecer me reuniré con algunos vecinos. Tal vez, algún día lleguen a saber quién soy”.

El jefe de protocolo, naturalmente, intervino para objetar lo que todos podemos adivinar: el respeto al rey, la mala acogida del pueblo grosero... y al final dijo: “Majestad, cuándo hayáis conseguido hacer felices a una docena de vecinos, ¡habréis progresado mucho! pero quedarán aún docenas de millones de hombres desgraciados”.

“Querido amigo - le respondió el rey- no he esperado a oírte para hacerme la misma objeción... Pero, mira lo que he pensado: enseñaré a mi docena de vecinos a hacer lo mismo con otros tres, cuatro o diez, según sus posibilidades. Si cada uno comunica así un poco de felicidad a sus prójimos toda la gente del reino se transformará, y en lugar de tristeza, cada vez habrá más alegría...”

Hazlo y así se hará. El ejemplo nos viene de lo alto.

